



Repeticiones, pero ahora prosaicas

# Travesuras de la niña mala

## de Mario Vargas Llosa

**ELSA CANO**

**L**a novela más reciente del peruano Vargas Llosa tiene un manejo del lenguaje donde no resuena la verdad poética. Es un libro que no es ni apasionante ni apasionado porque el lector no consigue contagiarse de ese amor enfermizo que siente Ricardo Somocurcio por la niña mala.

Llosa trata de fijar elementos fugitivos en los planos de ficción y realidad, pero aunque la narración está llena de carga política y de información, no logra el sentido estético que exige una obra literaria de altura. Aunque existan en el mundo cotidiano cientos de hombres como Ricardo y cientos de mujeres como Otilia (la niña mala) no es agradable (en prosa fácil y barata) participar, leer, la relación sádico-masquista de dos personas más allá que enfermas.

El lector encontrará las mismas descripciones de siempre, las que ha leído en varias novelas de Vargas Llosa, sobre su amado Perú; incluso el eterno barrio de Miraflores. Las mismas peripecias estudiantiles y las ya eternas anécdotas de su vida en París.

La niña mala, cuyo nombre verdadero es Otilia, primero es Lili, una bella y joven chilena; más tarde es una guerrillera; se pierde en la vida del narrador y reaparece como Madame Arnoux; desaparece nuevamente y resurge como Mrs. Richardson. Finalmente después de otra larga ausencia, deja atrás las personalidades conocidas y de pronto se llama Kuriko, y es la amante de Fukuda, un japonés mafioso.

Es obvio que la niña mala es mitómana, que se inventa vidas, gustos, personalidades árboles genealógicos etc. Ella pretende ser hedonista y adoradora del dinero; pero queda claro que aquél que no se acepta tal como es, no puede disfrutar nada.

El libro consta de seis capítulos, donde el autor además de la historia eje (ya mencionada) le da vida a otros personajes como Juan Barreto, Salomón Toledano, Yilal, el ingeniero Cánepa, etc. que no logran hacer una cohesión con los desfavorables estados de ánimo que padece Ricardo cada vez que pierde a su niña mala.

Llosa se complace en narrar escenas sexuales, que no eróticas, sin justificación, sin inspiración, sin arte.

Cuando apareció la Generación "Beat" llena de escritores drogadictos, borrachos, que habían recibido las consecuencias de la segunda guerra mundial, el desencanto del hombre por la vida, había matado toda esperanza.

Así las cosas, los beat acusaron, denunciaron, marcaron, pero desgraciadamente no había soluciones, ni propuestas que los salvaran.

Se comprende entonces que la literatura de aquel momento fuera cruel, despiadada, grotesca y grosera. Todo estaba sostenido por un momento histórico que respondía a una posición de ruptura. No obstante todas las creaciones eran y son, inmensamente bellas. Este de hoy, no es el caso. Ricardo adora a Otilia y ella se divierte con él; lo busca exclusivamente para usarlo.

Lo único que puede salvarse de esta novela es la descripción detallada que hace Vargas Llosa de cómo el centro del mundo cultural durante muchos años fue la ciudad de París; y en los años sesenta ese centro se trasladó a la ciudad de Londres.

¿Cuál es el verdadero rostro del amor? dice la contraportada de esta novela. Imposible contestar a la pregunta, pero lo que siente Ricardo por Otilia y viceversa definitivamente no lo es. Ricardo no tiene dignidad, no se ama a sí mismo y en el siglo XX, donde él se mueve, esto no tiene justificación alguna. Las travesuras de la niña mala no aporta nada.

Lejos, pero muy lejos quedan aquellas novelas como La ciudad y los perros, La casa Verde, Conversación en la catedral. La novela que hoy me ocupa es obvia hasta en la estructura: inicia en el barrio de Miraflores y cierra en el mismo barrio.

Hay destellos breves, instantes interesantes, pero no hay consistencia sólida. Definitivamente es la representación perfecta de lo que se conoce como literatura fallida. No es una lectura recomendable. ■